DESAPARECE UN SIMBOLO

Aquellas celdas bajas, llamadas durante su última época con las iniciales CPB (celdas preventivas bajas), acumulan las más patéticas y terribles historias de la prisión. «Allí actuaba la brigada amanecer, una cuadrilla de funcionarios fascistas encargados de torturar y golpear a los presos, por simple placer, para hundirlos, para doblegarles», dice Simón Sánchez Montero, quién salió por última vez de Carabanchel en diciembre de 1976, durante el mandato de Adolfo Suárez.

Para algunos, la historia de sus diferentes entradas y salidas de aquella cárcel es muy gráfica. Por ejemplo, para el poeta Carlos Alvarez, «aquella es una historia de bombillas. La primera vez que entré en 1958, la bombilla estaba encendida toda la noche. Ya en 1963 la apagaban de madrugada. En el 70, la apagaban durante la noche, y en el 75, disponíamos nosotros del interruptor».

Aunque Carlos Alvarez se toma humorísticamente el tema, no deja de reconocer que fueron momentos angustiosos para todos. «Recuerdo cuando el día 1 de octubre de 1975 los funcionarios tuvieron que desarmar a los policías de la cárcel, porque querían vengar con nosotros las cuatro muertes de aquel día. Imaginate el miedo que teníamos».

Las noticias, o rumores corrían por las galerías que ocupaban los presos políticos como la pólvora. Había sistemas para pasar las novedades de fuera, de celda en celda sin que fueran detectados por los funcionarios. Incluso algunos de estos colaboraron en los últimos tiempos en la labor de correos del colectivo de los políticos.

Un mundo irreal

Antonio García Trevijano recuerda sobre su estancia en Carabanchel «su impresión de estar viviendo en un mundo donde hasta lo más absurdo te lo creías». Eran los momentos donde más celeridad había cobrado la vida política española y se inventó junto a Sánchez Montero un golpe militar que derribó a Arias Navarro y había decretado la amnistía total. «Todos se lo creyeron y las galerías se convirtieron en una fiesta».

Trevijano estuvo poco tiempo y en una etapa más suave. Quizás por ello ahora recuerda que se sentía más libre preso. «No tenía responsabilidades». En cualquier caso declara que en aquella etapa «era más feliz que ahora. Tenía la esperanza de sentirme identificado, moralmente, con millones de españoles. Hoy me siento más solo, más infeliz. Está instalada la oligarquía liberal y no hay democracia real».

En algo parecen estar casi todos los consultados por EL MUNDO de acuerdo: el derribo de Carabanchel. Pero luego llegan los matices. Unos piensan que se trata de una operación especulativa del suelo y no tiene nada que ver con el derrumbe de un símbolo de la represión. «Tiran una y construyen otra. Es lo mismo», dice Marcelino Camacho.

Otros piensan que habría que preservar algo de sus paredes o levantar un monumento en memoria de los que allí estuvieron. Otros que aquello sea una nueva zona verde. E incluso quién desea que las piedras que salgan de sus muros tengan el mismo sentido y el mismo fin, pero en versión española, que cuando se derribó el muro de Berlín.

Un recuerdo imborrable

MARCELINO CAMACHO

«Allí eras un número»

Recuerdo la entrada conforme a los reglamentos; lo primero se hacía después del cacheo, es lo que llamaban «periodo», que en el fondo era, al comienzo de la Dictadura, 30 días de aislamiento total. Cuando te desnudaban y cacheaban, trataban de que perdieras toda personalidad; allí eras ya un número, entre rejas.

Cuando parece que se acerca el fin de la cárcel de Carabanchel, los que vivimos y sufrimos en la dictadura de sus reglamentos, de sus leyes, de sus celdas de 3 metros por 2,5, no nos queda más que saludar el derribo, pero si se abre en otro lugar, cosa que no es malo, la cárcel sigue.

Aunque en las sociedades más justas todavía habrá algo de delincuencia, la mejor cárcel es la que no existe, la mejor sociedad por tanto, y aunque esto pueda parecer utopía, es la que no tiene necesidad de aislar entre rejas o reprimir.

NICOLAS SARTORIUS

«Estuvo encerrada la dignidad»

Dejó dicho D. Miguel de Cervantes, por propia experiencia, que la cárcel es aquel lugar donde toda incomodidad tiene su asiento. La de Carabanchel no era una excepción durante los seis años que tuvo la desgracia de pasar en ella. Pues no deja de ser lo peor que puede ocurrirle al ser humano sino perder la libertad, aunque fuese por una causa noble como era la de luchar por la democracia y la dignidad de la colectividad española.

La cárcel de Carabanchel, pues, simboliza como los penales de Burgos, El Dueso, Puerto de Santa María, Segovia, Soria, Zamora, Martutene, Larrínaga, la Modelo de Barcelona y tantas otras, lo que fue la dictadura franquista que hoy se pretende, por unos, olvidar y, por otros, pintar de color de rosa. Convendría recordar que durante aquellos años tan largos, que pareció que nunca iban a concluir, en España existió un régimen dictatorial siniestro, apoyado por lo más siniestro de España.

Hoy cuando, por lo visto, se plantea demoler esa cárcel no sería inútil convertir esos terrenos en un gran parque con un pequeño monumento que recordase a los que por allí transitasen que en ese lugar estuvo encerrada una pequeña parte de la dignidad de España. Quizá todo quede, al final, en una operación especulativa más.

LUIS SOLANA

«Un conjunto de seres imponentes»

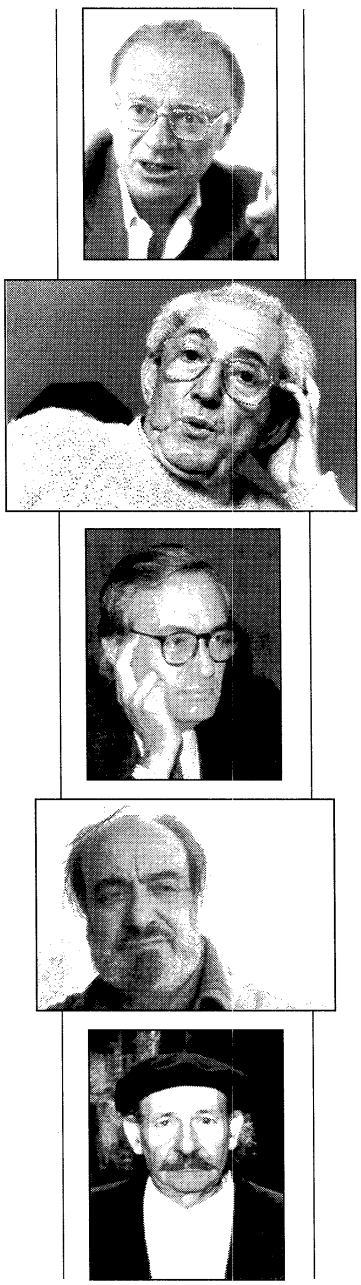
Parece ser la que la vieja prisión de Carabanchel va a ser derruida. No sé si valdría la pena recordar a quién corresponde que nos regale a todos los que allí tuvimos que vivir por luchar por la libertad, un trozo de piedra de su paredes. A algunos nos va a emocionar más que los pedazos de Berlín que nos trajeron hace poco de por ahí.

Se va a cerrar Carabanchel y se nos van a llevar las sombras de muchos que cimentaron la España de hoy y me temo que sus nombres no estarán en ningún libro de Historia. Yo mismo empiezo a olvidarme de ellos.

Carabanchel para mí es un conjunto de seres humanos imponentes. Aquel Luis Martín Santos, que se murió de brillante. El compañero Antonio Amat, que ayudó al parto del nuevo PSOE y se premió a sí mismo tragándose el Mediterráneo una noche. El mítico Julio Cerón, que se murió hace tiempo y un impostor le suplanta en ABC todos los días. Raimundo Ortega, el mejor ministro de Economía que ha dejado de tener España. Luciano Rincón, para el que estúpidamente nadie creó un periódico. Simón Sánchez Montero, única persona a la que aceptaría una absolución. Eutiquio Tudela, que nos enseñó la fraternidad. Emilio Sanz Hurtado, el comisario más entrañable que se puede inventar. Juan Gerona, traductor del mundo para ilusos. «Gaikuki», el primer pre-etarra que conocí y al que desde aquí le pido paz en nombre de los garbanzos comidos juntos. Los campesinos de Ugijar que se ganaban un cielo todos los días sin saberlo. Aquellos repatriados de la URSS con pinta de artistas de un circo politizado que nunca traicionaron ni lo que no existió. Y tantos otros (o no tantos, un centenar más o menos) con los que conviví tras los muros de Carabanchel.

Inolvidable Carabanchel donde nadie en aquel 1959 sentaba cátedra de nada porque empezaba a resquebrajarse el dogmatismo de la oposición al franquismo.

Que tiren pronto Carabanchel, porque en realidad no tenemos ningún recuerdo de aquella cárcel ni de aquel dolor. Los que allí vivimos sólo tenemos un trauma: cada mañana nos levantamos y, aunque llueva, decimos antes de salir de casa, gracias Libertad.



De arriba a abajo, algunos de los que estuvieron presos en Carabanchel: Nicolás Sartorius, Marcelino Camacho, Luis Solana, Alfonso Sastre y Agustín Ibarrola.

CARLOS ALVAREZ

«Se nos saltaron las lágrimas»

No, no fue cuando uno de los cabos de los presos políticos, un amigo, entró en mi celda a las 6 de la mañana del 20 de noviembre de 1975 («Carlos, ya». «¿Ya?». «Ya»).

El momento más intenso lo viví, sin duda, una mañana de agosto de 1963, cuando los primeros de los mineros asturianos que sabíamos habían sido detenidos por las huelgas del sesenta y dos llegaron a nuestra galería: César, Paredes, Cuesta, «Chaquetu»; Tubío, «Metalúrgico». Los abrazos que nos dimos eran de los que servían para recordarnos que estábamos allí por algo. Ellos, que quizá no se esperaban un recibimiento tan cordial después del periodo de aislamiento, estaban más emocionados aún que los que los esperábamos con impaciencia. A algunos se les —se nos— saltaron las lágrimas. Era uno de esos momentos en los que estar en la cárcel no parecía, pero que ni muchísimo menos, algo tan desagradable y negativo.

AGUSTIN IBARROLA

«Destruye lo más profundo del ser»

Fue el encuentro con cientos de personas procedentes de toda España que con culturas y posicionamientos políticos distintos luchaban igual que yo por la libertad y la democracia.

Los meses de incertidumbre hasta ser juzgados por los tribunales militares que destinaban a la represión de la oposición al franquismo.

La consciencia de quedar por muchos años fuera de mi familia, de las dinámicas profesionales y de la vida real.

La cárcel siempre destruye lo más profundo del ser humano. Nunca contribuye a enriquecerlo. Desde esta democracia la recuerdo llena de dolor y de ira.

ALFONSO SASTRE

«¡Estaban los condenados de la Tierra!»

Está ya en mi memoria lo que para muchos es hoy una realidad tenebrosa y mortal y no como para mí, un recuerdo, casi una ensoñación, desde la que sigo mirando, sin embargo, al universo carcelario de hoy con angustia. Así, me tendréis siempre junto a Don Quijote en el famoso episodio de la liberación de los hombres forzados a galeras por el Rey, por muchas y fuertes que fueran sus infracciones a la legalidad. Yo viví dos episodios de cárcel en Carabanchel que, en su conjunto, no pasaron de los nueve meses, y no podría destacar solamente un *recuerdo* de aquella profunda experiencia. En el 66, fue el impacto del descubrimiento del universo carcelario desde la posición privilegiada de una multa gubernativa impagada. ¡Allí estaba el mundo del subsuelo, allí estaban los condenados de la tierra! En el 74 y el 75, la muerte rondó sobre nuestras cabezas. Yo reflejé aquella grave situación en un libro de versos, «Balada de Carabanchel», que al poco se publicó en París. Copiaré unos pocos versos como la mejor forma de recordar lo que pasó en aquel gélido invierno por mi cabeza y por mi corazón. Yo le escribí a mi mujer, Eva Forest, presa ella en Yeserías (¿otra prisión para el maldito recuerdo?) cosas como ésta: «Compañera, no estamos solos pero yo/estoy solo contigo muchas veces iluminados ambos/por esos rostros luminosos/de nuestros hijos».

Impreso por Fernando Gómez. Prohibida su reproducción.